

¡Petróleo en Rentería!...

El sol ardía, reverberaba en la calle. La hora indolente de la siesta lo invadía todo. Contraventanas y persianas cerradas hacían que las casas durmieran también con sus ojos entornados. Era la hora más quieta del día y la estrecha calle estaba desierta. Las desaliñeadas mansiones, llenas de desconchados en sus descoloridas paredes, sudaban bajo el sol como sudaba el piso de cemento del portal en que, para huir de los ardores cenitales, estábamos refugiados.

Toda la pandilla estaba presente y presa del influjo de la hora. Sentados en los escalones de madera, algunos incluso tumbados en esas inverosímilmente incómodas posturas de que sólo son capaces los niños. Un silencio, insólito en nosotros, acentuaba el sopor. Pero si la materia inerte y la animada dormitaban en la canícula agostea, no así las mentes que divagaban... divagaban...

En el silencio, alguien soltó la palabra mágica: ¡PETROLEO!

¿Cómo se dijo? ¿Por qué? Ya la bruma de la lejanía en el recuerdo no permite vislumbrar este detalle, pero el hecho está ahí: se pronunció.

Y en seguida, como si una ola penetrando repentina en el sudoroso portal levantara a todos de sus indolentes posturas, el silencio se convirtió en guirigay, la quietud en nerviosismo y hasta el portal pareció abrir más su boca para decir algo...

—Sería magnífico encontrar petróleo. ¿No os parece?

—¡Claro que sería estupendo...! Pero... aquí no hay petróleo.

—Bueno, y, ¿por qué no puede haber petróleo por aquí? ¿Quién lo ha buscado alguna vez?

—¡Es verdad! Si nadie lo ha buscado ¿cómo se puede decir que no hay? Mi padre dice que unos sabios han dicho que en Jaizkibel sí puede haber...

—Y, ¿por qué no han puesto torres perforadoras para ver si hay o no hay?

—¡Ah! Eso no sé.

El «razonable» de la cuadrilla empañó un poco el brillo que comenzaba a asomar en los ojos de todos, reflejo del ansia de una posible aventura, diciendo:

—Bueno; de todos modos, nosotros no podemos buscar petróleo. Para eso hacen falta torres de esas que salen en el cine, con taladros que agujereen la tierra en cientos de metros...

Un ramalazo de cordura amenazó desviar los anhelos y brillantes esperanzas de la banda. Por la imaginación de todos pasó el reflejo de aquellas pequeñas torres Eiffel de madera, con sus motores y sus brocas perforadoras. Pero... el otro «sabio» de turno reanimó los alicaídos espíritus con una rotunda afirmación:

—Yo sé dónde, por aquí cerca, se puede encontrar petróleo. Incluso he visto en un mapa que «ese sitio» está considerado como petrolífero...

—¡Aquí! ¿Dónde? ¿Qué mapa es ese?

—Un mapa geológico de Navarra editado por la Espasa Calpe. Y aun cuando esto no es Navarra, en él viene gran parte de Guipúzcoa y la zona comprendida entre Adarra y Zaria es, geológicamente, susceptible de guardar petróleo.

El impulso estaba dado. Todos nos encontrábamos ahora profundamente interesados. ¿Quién nos frenaba ahora? Y en seguida se comenzaron a «saber» cosas, aun cuando el «razonable» pretendió seguir obstaculizando la idea mencionando las imponderables torres,

pero recibiendo como respuesta la erudita del «sabio» que le apabulló diciendo:

—Y, ¿en Persia...? ¿No se empleaba desde tiempos inmemoriales el petróleo sin necesidad de sacarlo con torres? ¿No salía él solo a la superficie? Pues me parece que lo mismo pasa cerca de Aldura, en el camino de Urdaburu...

—Sí, es verdad. Yo, ahora que recuerdo, en la última vez que estuve por allá vi algo que parecía «aceite» encima del agua, en el camino de Malbazar.

—¿Una cosa de colorines?

—Sí, que formaba «capa» encima del agua estancada...

—A mí me parece que también «olía» a gasolina—terció otro.

—¡Ahí va...! ¡Si el petróleo no huele a gasolina!

—Bueno... a mí me pareció...

—¡Calla, «trolero»!

—Pero la «cosa» como aceite de colorines estaba ¿no?



—Sí; yo la vi.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

—Bien, eso quiere decir que el petróleo rezuma a la superficie, que sale a ras de tierra. A lo mejor excavando un poco...

—¿Vamos mañana a verlo? Ya pediré una «atxurra» en la huerta de la Engrashi. Me parece que también tienen un picachón.

—¡Ya está! Mañana a las ocho aquí... Con la comida ¿eh?

* * *

La salida para aquella prospección fue triunfal. Si alguien nos hubiera ofrecido una fortuna por lo que «íbamos» a encontrar, la hubiéramos despreciado olímpicamente. El grupo era reducido. No en todas las casas dejaban marchar tan lejos a sus hijos, muchos de alrededor de la docena de años casi todos. Pero no nos importaba a los que marchábamos. Incluso algún interesado filosofó:

—¡Así tocaremos a más en el reparto!

Y todos nos disputábamos el honor de lle-

var la azada y el pico, mágicas herramientas que arrancarían a las faldas de Aldura el fantástico tesoro de su ignorado petróleo.

Y mientras marchábamos con nuestros útiles al hombro, nuestros dorados pensamientos daban alas a los pies.

Repentinamente, una duda:

—Oye, y cuando encontremos el petróleo, ¿no nos lo quitarán? Los terrenos no son nuestros...

—¿Quitar? ¿Quién? Los terrenos son del Ayuntamiento, ¿no? Pues ya buscaremos la manera de que nos los ceda. O los compraremos, si no...

—¿Y dinero?

—¡Bah! En cuanto saquemos el petróleo, habrá millones de todas partes para nosotros. Lo que hace falta es guardar el secreto hasta que podamos vender parte de nuestros derechos. No decir a nadie dónde está el petróleo. Ni siquiera a nuestra madre. Las mujeres son muy charlatanas y podrían, con toda buena fe, estropearlos el negocio...

—¡Anda! ¡Pues yo le he dicho a la mía que íbamos a buscar petróleo a Aldura!

—¡Tonto! ¡Imbecil! ¿Qué ha dicho ella?

—Nada. Se ha reído.

—Ya veremos si se ríe cuando le largues unos cuantos millones...

—¿Cómo venderemos el petróleo?

—Nosotros no lo venderemos. Sólo venderemos el derecho de sacarlo de «nuestras tierras» a alguna Compañía de las que existen...

Los claro-oscuros no hacían sino dar más relieve a la aventura petrolífera de la banda. Y aun cuando alguno no las tenía todas consigo —como se ve— todos caminábamos más que de prisa. Así, pronto quedaron atrás Otzazueta, Barrengoloia, Susperregui...

—¡Aquí es!...

—Sí. Mirad la «capa coloreada» que os decía...

—Sí, sí... Es verdad. ¿Dónde cavamos?

—Yo creo que por aquí...

Y cavamos. ¡Vaya si cavamos! Al principio con furia, arrebándonos las herramientas. Luego... más modosamente. Y si no salía más que tierra arcillosa al principio, luego era roca... Como las chispas que el pico sacaba contra la dura piedra, se esfumaron nuestras ilusiones. Pronto nos dimos cuenta de que un pico y una pala no son herramientas idóneas para encontrar petróleo. Pero tuvimos que intentarlo...

—¿Hacemos otro agujero?

—No, ¿para qué? Se ve que abajo es todo roca.

—Y, ¿si trajéramos unos punzones largos y unos «mallos»...?

¡Qué difícil es abandonar una ilusión!

—Es inútil. ¿Quién sabe hasta dónde llegará la roca?

La desesperanza hizo más triste la fallida prospección. La vuelta fue un poema. Desarmados pico y azada, escondidos los inútiles hierros, pasamos temerosos por las cercanías de los caseríos, no fuesen a creer que los habíamos robado y encima nos los quitasen...

Pero aun cuando no hallamos el buscado oro negro, nadie nos quitará el orgullo de haber sido los primeros en buscarlo en el término municipal de Rentería... ¡Y quizá de España!

¿Verdad, amigos... que aún sobrevivís a aquella aventura?

TXIRITXA
del G. M. URDABURU